

peligro que se corre cuando se intenta herir súbitamente con una fuerte luz los ojos de un pueblo que ha estado sumergido en las tinieblas [1].

La felicidad con la cual una simple facción, compuesta de un puñado de individuos de los

(1) Apenas podrán creer las generaciones futuras cuanta fué la porción de sangre que se derramó en Francia, durante este fatal periodo. El republicano Prudhomme, cuyas preocupaciones de partido no pueden hacernos creerle exagerado al tratarse de los horrores que la facción popular cometiera, ha publicado el siguiente espantoso dato relativo á las víctimas que la Revolución sacrificara.

Nobles, varones.....	1.278	
Nobles, mugeres.....	750	
Mugeres de labradores y artesanos.....	1.467	
Religiosos.....	350	
Sacerdotes.....	1.135	
Plebeyos.....	13,623	
Guillotinos por sentencia de los tribunales revolucionarios,.....	18.603..	18.603.
Mugeres que murieron de parto prematuro,.....		3.400.
Mugeres paridas que murieron de pena.....		348.
Mugeres que fueron muertas en la Vendea.....		15.000.
Niños que fueron muertos en la Vendea.....		22.000.
Hombres asesinados en la Vendea.....		900.000.
Víctimas sacrificadas por Carrier en Nantes.....		32.000.

mas audaces y desalmados de la nación, triunfó de la inmensa mayoría que formaban todos los propietarios del reino, no es la menos extraordinaria y memorable circunstancia de aquel fecundísimo periodo. La fracción del sanguinario bando de París que constituía su parte activa, jamás pasó de unos cuantos centenares de hombres; sus talentos no eran en manera alguna sobresalientes, ni poseían en la sociedad un

DE LOS CUALES HUBO	Niños fusilados.....	500.
	Niños ahogados.....	1.500.
	Mugeres fusiladas.....	264.
	Mugeres ahogadas.....	500.
	Sacerdotes ahogados.....	460.
	Sacerdotes fusilados.....	300.
	Nobles ahogados.....	1.400.
	Artesanos ahogados.....	5.300.
Víctimas inmoladas en Leon,.....	31,000.	
		Total, 1 022 351.

No se hallan comprendidas en esta enumeración las matanzas de Versalles, de la Abadía, de los Carmelitas y demás cárceles, cometidas el 2 de Setiembre, las víctimas sacrificadas en el Ventisquero de Aviñon, los fusilados que hubo en Tolon y Marsella, ni las personas asesinadas en la reducida ciudad de Bedoin cuya población pereció toda (1).

Al recorrerse el triste catálogo que antecede, es de notarse con particular atención cuan grande proporción guardan en él aquellas de las víctimas de la Revolución que pertenecían á las clases media é inferior del estado. ¡Los sacerdotes y nobles guillotinos, solo son 2.413

(1) Prudhomme. Vict. de la Rev., Chateaub. Estud. hist., Pret. 96, 97.



grande influjo: y sin embargo, hallaron bajo sus pies á las clases mas respetables del estado, manejan á su absoluto antojo poderosísimos ejércitos, tuvieron encerrados en las cárceles á 200.000 de sus conciudadanos, y enviaban á la muerte diariamente á muchos centenares de hombres por cuyas venas corria la sangre mas illustre de Francia. Tal es el efecto de aquella unidad de accion que una atroz perversidad produce; hé aquí las consecuencias que se obtienen de despertar la codicia de las clases ínfimas; tal es el ascendiente que en tiempos de anarquía llegan á adquirir los mas feroces y desalmados miembros del pueblo. Los dóciles y apacibles ciudadanos vivieron y lloraron en silencio; el terror disipaba cualquiera idea de obrar en combinacion que se quisiese poner en práctica; tan extremo así era el abatimiento que introducía aun en los mas intrépidos corazones el desaliento. No existiendo el menor vislumbre de esperanza de que se pudiesen mitigar en algun modo los padecimientos que en la generalidad se

---

al paso que eescden de 13.000 los individuos de estraccion plebeya! ¡Los miembros de la nobleza y el clero que fueron muertos en Nantes llegan solo al número de 2.160, mientras que los niños ahogados y fusilados ascienden á 2.000, las mugeres á 764 y los artesanos á 5.300! Con tanta celeridad así, durante las convulsiones revolucionarias, llega en su carrera, la crueldad, á invadir á las clases inferiores, y tanto así se engaña sobre ellas mismas la cuchilla que esgrimieran contra sus superiores.

sufrían, reinó por todas partes la mas absoluta apatía; el pueblo procuró olvidar sus penas entregándose al enagenamiento de frívolos placeres, y jamas se vieron mas llenos de espectadores los teatros que durante toda la época en que dominó el terrorismo [1]. No conoce á la naturaleza humana aquel que atribuye esta circunstancia á tal ó cual originalidad del carácter de los pobladores de Francia; los mismos efectos se han observado en todas las naciones y épocas del mundo, y emanan invariablemente de la dilatada condicion de extrema desgracia en que se ven sumergidos los pueblos,

¿Cómo pues logró una faccion que tenia por caudillos á hombres en tal grado despreziables por su número, hacerse del poder y gobernar á la Francia á su absoluto antojo? La contestacion es sencilla. Consiguiólo por un facilísimo medio, y siguiendo con teson un principio tan óbvio que pocos han tenido mucho que averiguar para encontrar las causas de los terribísimos fenómenos que al ponérsele en práctica produjo. Este principio consistió en hacer variar de posicion á las clases menesterosas dándolas la influencia y las posesiones de las demas clases del estado. *Egestas cupida novarum rerum* era la máxima con arreglo á la cual obraron; á este puerto, esto es, á halagar la codicia y la ambicion de aquellas á quienes habia sido adversa la fortuna, fué á lo que se dirijieron todas sus medidas. El principio

(1) Louvet; 124, 128. Mercier, Pintura de Paris,



que siguieron fué el de tener en una constante agitacion las pasiones del pueblo poniendo sin cesar ante sus ojos nuevos y nuevos objetos de codicia; hacerle creer que la miseria que se padecia y que era el fruto de su fatal sistema de innovaciones, procedia de la resistencia que los propietarios habian opuesto á sus progresos, y deslumbrar al populacho con la esperanza de que alcanzaria una felicidad sin límites tan luego como quedase completamente establecida la igualdad y se ejerciese el general despojo por cuyos objetos luchaba. He aquí los medios por los cuales se atraieron los turbulentos la cooperacion de la muchedumbre de la mayor parte de la Francia; la fuerza física de ésta, dirigida y escitada por los clubs revolucionarios y las comisiones por todas partes establecidas, y compuestas de los miembros mas vehementes del jacobinismo, fué la que sirvió de apoyo al extraordinario poder que adquirieron. Este sistema produjo muy buenos resultados para sus autores, mientras fueron víctimas del despojo las clases superiores y el numeroso gremio de propietarios; pero cuando se hubieron estos agotado y el acero de la guillotina se comenzó á estender á los mercaderes y á los mas acomodados de entre las clases laboriosas, operóse entonces una reaccion *general* que echó por tierra al terrorismo. Cuando se hallan las sociedades en tal estado de corrupcion y perversidad, que pueda formarse una faccion en ellas que sea capaz por sus talentos y energía de ponerse al frente de los ne-

gocios públicos, y cuando ésta se posesiona de hecho del gobierno y lo dirige con arreglo á sus principios, y la clase de propietarios no procura desde sus primeros pasos sofocarla, no puede menos que preponderar por espacio de un periodo mas ó menos largo. Tengan presente los amigos del órden, los amantes de la persuasion en política,—y los hay tanto entre los defensores de una libertad racional como entre los que sostienen la autoridad régia,—que la arma que asentan contra ellos sus adversarios es mortífera y que es de absoluta necesidad que se unan para arrebatarla de las manos de aquellos sin darles lugar á que la esgriman; feliz circunstancia seria que los promotores de revoluciones se aprovecharan del ejemplo que nos presenta la época del terrorismo y el desastrado fin de Robespierre, y observasen el necesario efecto que producen las conmociones intestinas tanto con relacion á su pais como con respecto á ellos mismos.

Sin embargo, no hay carácter, por malo que sea, que no tenga alguna circunstancia que merezca elogio; la perversidad pura y sin mezcla solo se encuentra en las novelas, pero no existe en realidad en las sociedades. Los mismos jacobinos de Paris no carecian de buenas cualidades; faltaria la historia á su primer deber y cesaria de ser de utilidad si no hiciese de ellas el merecido elogio. A escepcion de algunos naturales atroces como el de Collot d'Herbois, Fouché, Carrier y unos cuantos otros que tan solo eran impelidos por rastreras miras particulares, poseian en lo general cualidades que indi-



caban que no estaba destituido de magnanimidad su carácter. Por lo que hace á valor moral, firmeza de ánimo y resolucion, en nada cedian á los hombres notables que han aparecido en los tiempos antiguos y modernos; la heróica decision que tomaron de sostener, á pesar de los inauditos peligros que corrieran, la independencia de su patria, es digna de las mas memorables épocas del patriotismo de la antigua Roma. Si pudiésemos aislar el noble entusiasmo que desplegaron, de la indispensable necesidad en que se hallaban de repeler á los aliados para evitar el castigo de los innumerables crímenes que cometieran, serian acreedores á la mas alta admiracion de las generaciones futuras; pero aun mezclado, cual se hallaba, con esta necesidad imperiosa, les realza. Algunos hubo entre ellos, es verdad, que obraban por interes personal, que eran dados á la rapiña, y que hacian uso de su poder para satisfacer sus placeres ó enriquecerse; pero otros hubo, y entre estos Robespierre y Saint-Just, que se hallaban exentos de este degradante defecto, y que en las atrocidades que cometian fueron impelidos, si no por principios de política, por ambicion personal al menos. Hasta la sangre que vertian era muchas veces resultado, en la opinion de ellos, no tanto del terror que querian inspirar ó del peligro que corrieran, cuanto de una necesidad indispensable; juzgaban esencial este exceso de rigor para el sostenimiento de la libertad, y consideraban á las víctimas que inmolaban ba-

jo el acero de la guillotina, como un penoso sacrificio que era preciso ofrecer ante las aras de su patria. Al abrigar esta terrible conclusion en el ánimo, ejercia no poca influencia, es cierto, en ellos, la idea de la crítica posicion que guardaban; pero la flaqueza humana, tanto en el caso en que se hallaban, como en otros muchos idénticos casos, deslumbrábase por medio del mágico esplendor de las palabras, ó con el pretesto de que sus intenciones eran puras, y les hacia cometer los mas enormes crímenes, á pesar de manifestar constantemente que eran los mas nobles sus deseos. Nada hay en esto de sorprendente ni de increíble: recordemos solo que la Francia entera se combinó para formar una cruzada en contra de los albigenses, y que los mas intrépidos caudillos de ella juzgaron libertarse de las llamas eternas entregando á miles de infelices á las temporales: retrocedamos solo en idea á la época de Godofredo de Bouillon, á aquella en que los campeones del cristianismo pasaron á cuchillo á cuarenta mil ciudadanos inermes en la toma de Jerusalem, y en que para trasladarse al Santo Sepulcro tuvieron que andar sobre la sangre humana que les llegaba á los tobillos, nos convenceremos de que semejantes estravíos no son particulares á un pais ni á un tiempo determinado, sino que deben el ser al fanatismo tanto religioso como político. Los escritores que nos pintan á los jacobinos como verdaderos miserables sedientos de sangre, como buitres, como seres dominados por



un insaciable deseo de esterminio; son hombres bien intencionados y apreciables, pero débiles é ignorantes; son hombres que no saben cómo opera el error ó la perversidad en el corazón humano, y mas sirven para estraviar que para ilustrar á las futuras generaciones cuando se hallen amagadas de sucesos semejantes á aquellos mismos que describen. Jamas se presenta bajo tales formas el vicio, siempre oculta la deformidad que le es propia. Si hubiere algunos otros países donde una facción jacobina domine, no vereis á sus miembros al tomar las riendas del poder jactarse de ser sanguinarios, ni hacer horrible ostentacion de una atrocidad inflexible; por el contrario, daránse á conocer por los mas vehementes testimonios de filantropía, por las esperanzas de ilimitada felicidad que introducirán en los ánimos, y por las protestas que harán de que tendrán el mayor respeto á los grandes principios de justicia, y por todo aquello que pueda labrar la prosperidad de los pueblos [1].

(1) Levasseur de la Sarthe, I, 24, 80, III, 164, 226.

La mas elocuente é interesante apología que pueda hacerse de los jacobinos, hallaráse en las Memorias de Levasseur de la Sarthe que representó un papel nada subalterno en sus sanguinarias medidas. Es sumamente satisfactorio que exista una obra como ésta á que nos referimos, para que pueda hacerse justicia á las intenciones de la facción á que aludimos, y la circunstancia de que hasta Robespierre y Saint-Just hayan tenido defensores es un consolador testimonio de que el amor

No hay opinion que con mas frecuencia nos enuncien los analistas é historiadores de la revolucion pertenecientes al partido popular de Francia, que la de que la marcha de aquella revolucion era inevitable; que una invencible fatalidad acompaña á todas las convulsiones de este género, y que no habia esfuerzos humanos que hubiesen podido tener su curso ó impedir sus atrocidades. Las escelentes obras de Thiers, Mignet, y muchos otros, á este fin especialmente tienden; pero jamas se vió opinion mas errónea. No existe ejemplo en los anales de la vida humana, que justifique la conclusion de que el progreso conduce necesariamente á la revolu-

---

á la imparcialidad se abrigan en el corazón humano. Napoleon era de sentir que habian juzgado con demasiado rigor á Robespierre los escritores que han hablado de él posteriormente. "Su opinion," dice Las Casas, "era la de que Robespierre carecia de talento, entereza y sistema; que era el verdadero emisario de la revolucion que sucumbiera en el momento en que intentó contener sus progresos, suerte que igualmente corrieran todos aquellos que antes de él se habian complicado en ella; pero que no era, ni con mucho, el monstruo que comunmente se creia." "Robespierre," decia el mismo, "deseaba ya poner término á las ejecuciones públicas. Seis semanas hacia, cuando cayó, que no concurría á las Comisiones; y en las cartas que escribia á su hermano que estaba agregado al ejército que se hallaba en Niza, y que yo mismo vi, lamentaba las atrocidades que se cometian y que estaban desprestigiando á la revolucion por la conmiseracion que escitaban. Cambaceres, á quien se debe considerar como autoridad



cion y de que antes de que logre restablecerse el orden en las sociedades, es necesario sufrir la sucesion de dominadores, á cual mas sanguinarios y atroces, que durante la revolucion se en-

---

respecto de la época de que tratamos, me ha dicho hablando de la sentencia fulminada contra Robespierre: "Sire, (señor) aquel fué un caso en que se pronunció el fallo sin oirse al acusado." Agreguemos á esto que eran sus intenciones muy diversas de las que generalmente se le han supuesto; su plan era el de volver á establecer un sistema de orden y moderacion luego que hubiese esterminado á todas las desenfrenadas facciones contra las cuales tenia que combatir." "Algún tiempo antes de su caida, me ha dicho Cambaceres, pronunció sobre ese particular un discurso lleno de belleza del primer orden; no se permitió que se le insertase en el *Moniteur*, y de consiguiente hasta sus huellas se han perdido."—*Las Casas*, I, 366.—*Levasseur* de *La Sarthe* emite igualmente, con calor, las mismas opiniones, sostiene que Robespierre pereció precisamente en los momentos en que se ocupaba en preparar un cambio por medio del cual se estableciese un sistema de humanidad y de beneficencia —*Levasseur*, IV, 110, III.—Si es verdad esto, manifestaba mas de bulto todavía la leccion moral que nos presentan los enunciadados caudillos con su historia, y es la de que aun hombres de aquel temple creian indispensable volver á tomar el sendero del orden y de la justicia.

Sean cuales fueren las opiniones que sobre este particular se emitan, lo que aparece indudable es que los talentos de Robespierre eran de un orden elevado, y que las opiniones en contra que emitieron de sus contempo-

trónizan. No la carrera de las reformas; sino la del crimen, es la que conduce á las enunciadas consecuencias; esa lamentable sucesion de dominadores ocurrió en Francia, no á causa de los cambios que se introdujéron, sino á causa de los crímenes sin ejemplo que durante esos cambios se perpetraron. Los partidarios de las instituciones liberales han cometido un error gravísimo cuando deseando disculpar á los actores en la Revolucion, han atribuido sus horrores á la Revolucion misma; obrar así es lo mismo que llenar la causa de la libertad de la infamia que tan solo debe arrojarse sobre sus depravados defensores. Los crímenes que desde el principio de la Revolucion cometieron los caudillos de ella, fueron los que la precipitaron á sus posteriores escenas y las hicieron inevitables; los excesos á que las pasiones impelen á los pueblos son iguales á aquellos á que arrastraron á los individuos, y están sujetos á las mismas leyes

---

râneos no procedieron sino de envidia ó del horror que inspirara. De otro modo sería imposible esplicar como dominó por tan dilatado espacio de tiempo á la Francia, en un período en que los talentos de todo género se arrojaban en confusion á luchar en la liza central de la metrópoli. Sus discursos son un suficiente testimonio del vigor de su ánimo; distingúense en muchos pasajes por una nerviosa elocuencia, por una intrépida energía, por la valentía y sencillez del pensamiento, cualidades, todas de que están destituidas las mas de las afectadas declamaciones de la tribuna.



morales. Si queremos encontrar la clave de las horrendas aberraciones que cometió la Revolución, no tenemos mas que hojear á los grandes teólogos ingleses, y en sus obras veremos manifiesta la carrera que recorre el crimen en los hombres; la pintura de ésta podria pasar por un fiel retrato de aquellas (1). Una necesidad

---

(1) Tómese, por ejemplo, el siguiente pasaje del arzobispo Tillotson: "Todo vicio se halla á la orilla de un precipicio; entrar por la carrera del pecado es bajar corriendo la pendiente. Si una vez dejamos ir las riendas á las propensiones de nuestra naturaleza, ya no las podremos empuñar y manejarlas á nuestro antojo; es mucho mas fácil no tomar por un mal camino que con tenernos cuando por él vamos discurriendo. Es excelente cosa para un hombre pensar en imponerse límites respecto de cualquier accion mala; resolverse á pecar atendiendo siempre á la estension y gravedad de la culpa, obrando con grande mesura y discrecion; proponerse cometer este pecado y desistir de él en seguida; ceder á esta tentacion únicamente y cerrar la puerta á las demas que sobrevengan. Nuestros corruptos corazones puestos una vez en movimiento, se asemejan al mar enfurecido, al cual no nos es dado poner límites ni decir: "Hasta aquí llegarás y no pasarás adelante." El pecado es muy artificioso y muy falso, y se apodera de extraño modo de los hombres una vez que estos se han dado entrada. Tiene grandes embelesos y un arte extraordinario para dirigirse á los corazones y persuadirles. La circunstancia de dar entrada á un pecado de poca cuantía, prepara extraordinariamente á dar acogida á otro mas grave. Dando entrada á un vicio pequeño despues de haberse admitido á otro, las mas firmes reso-

existe, á la cual ambos están sujetos; pero no es por una ciega fatalidad, ni por una indispensable relacion entre los cámbios y las convulsiones, sino por una ley moral de la naturaleza, por lo que el vicio, sea en las naciones, sea en los individuos, se labra su condigno castigo por medio de sus propios esfuerzos que hace para satisfacer sus deseos.

La muerte de Hebert y demas anarquistas fué la consecuencia de una depravacion punible; la de Robespierre y los decemvros fué la de un sanguinario fanatismo; la de Danton y sus secuaces fué la de una impiedad estóica; la de la señora Roland y los girondinos fué la de una

---

luciones vienen por tierra. Apenas puede concebirse la fuerza que tiene una mala accion para atraer tras sí á otras; porque el pecado es muy fecundo, fructífero, y aunque ningunos bienes produce, extraordinariamente se aumenta y multiplica. Así como una virtud está relacionada con otra, de igual modo se eslabonan los vicios de suerte que un pecado trae en pos de sí á otros muchos. Cuando tienta el demonio á un hombre para que cometa alguna accion inicua, induce á cometer otra larga serie de culpas; y si la primera tentacion produce efecto, sucédese otra. Resistamos pues, *desde los principios del pecado*, porque entonces es cuando mayor fuerza tenemos y cuando es mas débil la culpa."—Tillotson, Sermon, obras, I, 91, edicion de á fol. He aquí una exacta pintura de los progresos de la pasion revolucionaria en las naciones; jamas pudiera la filosofia dar una esplicacion tan clara de las causas que la vuelven, cuando se la ha puesto en movimiento, tan sobremane-  
ra funesta en sus progresos.



apática ambición y una virtud estraviada; la de Luis XVI y su familia fué la de una indulgencia religiosa. El moralista notará el contraste que forma la virtud y la depravación en los postremos instantes de la vida; el cristianismo contemplará con alborozo los sublimes esfuerzos de que es susceptible la virtud humana y la superioridad que los creyentes en su fé ostentan en su hora suprema.



## CAPITULO XV.

### ESTADO INTERIOR DE LA FRANCIA DURANTE LA EPOCA DEL TERRORISMO.

#### SUMARIO.

Vastos esfuerzos del gobierno frances durante la época del terrorismo.—Sus enormes gastos.—Prodigiosa emision de asignados: efectos que produce.—Rápida baja que sufre este papel moneda.—Orígen de la ley del máximun sobre los precios.—Grande aumento en los desórdenes y en juego á consecuencia de las rápidas alteraciones que se introducian en los precios.—Contribucion forzosa de granos, caballos y carruajes.—Robos públicos cometidos para el mantenimiento del populacho de las ciudades.—Inmenso pero que atrajo sobre el estado.—Préstamos forzosos impuestos sobre las clases opulentas.—Complicacion de la antigua deuda con la deuda revolucionaria.—Los asignados cada vez en mejor descrédito.—Leyes severas contra los monopolistas y todas las asosiaciones públicas.—Efectos horribles que produjeron estas leyes.—Estrema agitacion del pueblo con motivo de la alza de pre-